

Así, pues, el rey de Francia encontróse dueño de Ludovico Sforza y de Ascanio, de Hermes, sobrino legítimo del gran Francisco Sforza, de dos bastardos, Alejandro y Contino, y, por último, de Francisco, hijo del desgraciado Juan Galeazzo, que murió envenenado por su propio tío.

Luis XII, para acabar de una vez con toda la familia, obligó a Francisco a entrar en un claustro, encerró en una prisión a Alejandro, Contino y Hermes, hizo conducir al cardenal Ascanio a la torre de Bourges, y, finalmente, después de haber transferido al infeliz Ludovico de la fortaleza de Pierre-Encise a la de Lys-Saint-Georges, lo relegó definitivamente al castillo de Loches, donde, al cabo de diez años de cautiverio en medio de la más profunda soledad y la más completa carencia de todo lo necesario, murió maldiciendo la hora en que se le había ocurrido la idea de atraer a los franceses a Italia.

La noticia de la caída de Ludovico y su familia fué recibida en Roma con un júbilo extraordinario, porque, al consolidar el poder de los ultramontanos en el Milanesado, establecía el de la Santa Sede en Romaña, puesto que ya nada se oponía a las conquistas de César. Por eso fueron obsequiados con regalos de consideración los que llevaron la noticia, la cual se publicó por toda la ciudad de Roma al son de trompetas y tambores. Inmediatamente, los gritos de: «¡Francia! ¡Francia!» que eran los de Luis XII, y los de «¡Orsol! ¡Orsol!», que eran los de Orsini, resonaron por todas las calles, las cuales fueron iluminadas durante la noche, cual si Constantinopla o Jerusalén hubiesen sido tomadas. Por su parte, Alejandro VI dió al pueblo fiestas y fuegos artificiales, sin preocuparse lo más mínimo de que estaban en Semana Santa, y que el jubileo había atraído a Roma más de doscientas mil personas.

Sólo una cosa faltaba para asegurar el éxito de los vastos proyectos que el papa y su hijo habían fundado en la amistad y alianza de Luis XII: el dinero. Sin embargo, Alejandro VI no era hombre que se apurase por tal miseria; verdad es que la renta de los beneficios habíase agotado, que los impuestos ordinarios y extraordinarios de todo un año estaban ya cobrados, y que la herencia de los cardenales y prelados ya no era más que una débil ayuda, por cuanto los más ricos habían sido ya envene-

nados; pero todavía quedaban a Alejandro otros medios, que no por ser más insólitos, eran menos eficaces.

Consistió su primer medio, en difundir el rumor de que los turcos amenazaban invadir la cristiandad, y que sabía a ciencia cierta que antes de que el verano hubiese pasado, Bayaceto habría desembarcado dos ejércitos considerables, uno en la Romaña y otro en la Calabria: en consecuencia, publicó dos bulas, una de ellas para tomar en toda Europa la décima parte de las rentas eclesiásticas, cualquiera que fuese su naturaleza, y la otra, obligando a los judíos a satisfacer igual suma; además, estas dos bulas contenían las excomuniones más severas contra los que se negaran a someterse a ellas o que intentaran oponérseles.

El segundo medio consistía en vender las indulgencias, cosa que hasta entonces no se había hecho: esas indulgencias pesaban sobre aquellos que, por falta de salud o por exigencias de sus negocios, no podían ir a Roma durante el jubileo; gracias a este expediente resultaba inútil el viaje, pues mediante la tercera parte de lo que habría costado, los pecados eran perdonados tan por completo, como si los fieles hubiesen llenado todas las condiciones de la peregrinación. Para cobrar esta tasa establecióse un verdadero ejército de recolectores, de los cuales fué nombrado jefe un tal Ludovico de la Torre. Las sumas que por este medio hizo ingresar Alejandro VI en el tesoro pontificio son incalculables, pues bastará saber que sólo el territorio de Venecia pagó setecientos noventa y nueve mil libras de oro en peso.

En esto, como los turcos hicieron efectivamente algunas demostraciones del lado de Hungría, los venecianos comenzaron a temer que llegasen hasta ellos, e hicieron pedir socorros al papa; entonces Alejandro VI ordenó que en todos sus Estados se rezase una *Ave María*, rogando a Dios que alejase el peligro con que la Serenísima República se veía amenazada. Esta fué la única ayuda que los venecianos lograron de Su Santidad, a cambio de las setecientos noventa y nueve mil libras de oro en peso, que de ellos recibiera.

Sin embargo, como si Dios quisiera demostrar a su extraño representante la irritación que semejante burla de las cosas santas le causaba, la víspera del día de San Pedro desprendióse una enorme pieza de hierro del campa-

nario en el momento en que Alejandro VI, pasando cerca de él, se dirigía a la tribuna de las bendiciones, la cual fué a caer a sus pies; y como si una sola advertencia no hubiera sido amonestación suficiente, el día siguiente, festividad de San Pedro, estando el papa en una de las cámaras de su departamento, con el cardenal Capuano y monseñor Poto, su camarero secreto, vió por las ventanas formarse una nube tan negra, que, previendo una tormenta, les mandó cerrar las ventanas. No se había equivocado el papa, pues, cuando obedecían su orden, se levantó una ráfaga tan fuerte de viento, que la chimenea más alta del Vaticano se derrumbó sobre el tejado, lo hundió, y rompiendo el techo, fué a caer en la misma cámara. A este derrumbamiento y al ruido que produjo, que hizo temblar todo el palacio, el cardenal Capuano y monseñor Poto volviéronse, y, viendo la cámara llena de polvo y de maderos rotos, corrieron a las ventanas, gritando a los guardias de la puerta: —¡El papa ha muerto! ¡El papa ha muerto!

La gente, al oír estos gritos, acudió y se encontró tres personas tendidas entre los escombros, una muerta y dos moribundos: el muerto era un gentilhombre sienés, llamado Lorenzo Chigi, y los moribundos dos comensales del Vaticano. En el momento de ocurrir la catástrofe pasaban los tres por el piso superior, y fueron arrastrados por los escombros. En esto, no se encontraba a Alejandro; y viendo que no respondía, no obstante llamarlo sin cesar, afirmáse la creencia de que había perecido, creencia que no tardó en difundirse por toda la ciudad.

Pero, como Alejandro sólo se había desmayado y comenzaba a volver en sí, al cabo de cierto tiempo le oyeron quejarse y lo descubrieron completamente aturdido por el golpe y herido, aunque ligeramente, en varias partes del cuerpo. Habíase salvado casi por milagro: la viga maestra, al romperse por el centro, seguía apoyando sus extremos en la pared, uno de los cuales formaba techo por encima del trono pontificio, de suerte que el papa, que estaba sentado allí en ese instante, había sido protegido por esa bóveda, sufriendo solamente pequeñas contusiones y heridas leves.

Las dos noticias contradictorias de la muerte súbita y de la salvación milagrosa del papa, se esparcieron rápidamente por Roma, y César Borgia, espantado del cambio

que en su fortuna podía traer el menor accidente que al papa ocurriese, corrió al Vaticano, pues no podía tranquilizarse más que con el testimonio de sus propios ojos.

El papa quiso rendir pública acción de gracias al Cielo por su protección y el mismo día, escoltado por un numeroso cortejo de prelados y hombres de armas, se hizo trasladar en su silla gestatoria a la iglesia de Santa María del Pópulo, donde estaban enterrados el duque de Gandía y Juan de Borgia, ya porque su corazón conservase algo de devoción, ya porque allí le atrajera el recuerdo del amor profano que sentía por su antigua querida la Vanozza, la cual, bajo la figura de la Virgen, estaba expuesta a la veneración de los fieles en una capilla, a la izquierda del altar mayor. Cuando llegó frente a dicho altar, el papa hizo donativo a la iglesia de un magnífico cáliz que contenía trescientos escudos de oro, los cuales fueron echados por el cardenal de Siena en una bandeja de plata, con gran satisfacción de la vanidad pontifical.

César Borgia, antes de salir de Roma para llevar a cabo la conquista de la Romaña, había reflexionado sobre lo inútil que, para él y su padre, había venido a ser el matrimonio, en otro tiempo tan deseado, de Lucrecia con Alfonso. Había mucho más: el descanso que el rey de Francia tomaba en Lombardía era solamente un alto, y Milán era visiblemente una etapa en el camino a Nápoles. Era posible que este matrimonio inquietara a Luis XII, que hacía del sobrino de su enemigo el yerno de su aliado. En cambio, si Alfonso moría, Lucrecia quedaba libre para poder casarse con algún poderoso señor de la Marca, del Ferrarado, o de Brescia, el cual podría secundar a su cuñado en la conquista de la Romaña. De modo que Alfonso, no sólo se hacía peligroso, sino hasta inútil; cosa que, dado el carácter de los Borgia, tal vez era mucho peor. Resolvióse, pues, la muerte de Alfonso.

Sin embargo, el marido de Lucrecia, que desde hacía mucho tiempo había comprendido el peligro que corría viviendo junto a su terrible suegro, habíase retirado a Nápoles. No obstante eso, como en su constante disimulo, ni Alejandro, ni César habían cambiado la naturaleza de sus relaciones con él, había perdido algo sus temores, cuando recibió una invitación del papa y su hijo para que fuera a tomar parte en una corrida de toros a la usanza

española que para festejar al duque daban antes de su partida. Dada la precaria situación en que la casa de Nápoles se encontraba, Alfonso se veía en la necesidad de no ofrecer a Alejandro ningún pretexto de ruptura; no quiso, pues, dejar de aceptar sin motivo, y fué a Roma. Debe advertirse, sin embargo, que como se juzgaba inútil consultar a Lucrecia, en vista del poco apego que en dos o tres ocasiones había atestiguado para con su marido, la dejaron tranquila en su gobierno de Spoleto.

Alfonso fué recibido por el papa y por el duque de Valentinois con demostraciones de verdadera amistad, alojándolo en el mismo Vaticano, en el cuerpo de edificio llamado la Torre Nova, en el mismo departamento que antes había ocupado con Lucrecia.

En la plaza de San Pedro y poniendo barricadas en las calles que a ella afluían, habíase preparado una gran liza. Todas las ventanas y balcones de las casas que rodeaban la plaza fueron habilitados para que pudieran servir de palcos; y el papa y su corte ocuparon los balcones del Vaticano.

La fiesta dió comienzo con toreros pagados; luego, cuando ya habían desplegado bien su fuerza y habilidad, Alfonso de Aragón y César Borgia bajaron a su vez a la arena, y, para probar que entre ellos reinaba la mejor armonía, decidieron que el toro que perseguiera a César sería matado por Alfonso, y el toro que persiguiera a éste, lo mataría César.

El duque de Valentinois quedó solo a caballo en la liza: Alfonso salió por una puerta dejada entreabieta expreso para que éste pudiera entrar sin demora en el instante en que considerara necesaria su presencia. Al mismo tiempo y por el lado opuesto, soltaron un toro que no tardó en quedar cubierto de dardos y flechas, algunas de ellas con fuegos de artificio que, al arder, irritaron de tal modo al toro, que, después de revolcarse por el suelo, se levantó furioso y al ver a un hombre a caballo se precipitó en el mismo instante sobre él. Entonces, en aquel pequeño circo, perseguido por este veloz enemigo, César desplegó toda la habilidad que hacía de él uno de los primeros jinetes de la época. Pero, no obstante, por hábil que fuese, habríale sido imposible escapar a las acometidas del toro en aquel estrecho recinto, si, en el momento en que la

fiera comenzaba a ganarle terreno, no hubiese salido precipitadamente Alfonso agitando en la mano izquierda una capa roja y armada su derecha con una larga y delgada espada aragonesa. Ya era tiempo; el toro se hallaba a pocos pasos de César, y el peligro que corría éste parecía tan inminente, que de una de las ventanas salió un grito, lanzado por una mujer; pero, al ver a un hombre a pie, el toro paróse de repente, y, pensando tal vez que más fácil le sería dar cuenta del nuevo enemigo, que del antiguo, volvióse contra él, y, después de quedarse un instante inmóvil, mugiendo y arañando el suelo con sus patas, lanzóse sobre Alfonso, llameantes los ojos y baja la cabeza. Alfonso lo esperó tranquilamente; luego, cuando estuvo a tres pasos de él, metióle la espada entre las paletillas, la cual se clavó hasta la empuñadura; el toro permaneció un momento inmóvil, y después, estremeciéndose sobre sus cuatro patas, rodó por el suelo expirando en el mismo sitio donde había sido herido. Esta certera estocada, tan hábil y diestramente aplicada, arrancó una salva de aplausos a toda la concurrencia.

En cuanto a César, que permanecía a caballo, buscaba con los ojos, en vez de ocuparse de lo que en torno de él pasaba, a la hermosa espectadora que tan viva prueba de interés le había dado; su investigación no dejó de tener resultado, pues reconoció que era una de las jóvenes damas de honor de Isabel, duquesa de Urbino, prometida de Juan Caraccioli, capitán general de la República de Venecia.

Tocóle a Alfonso el turno de correr el toro y a César de matarlo, y después de haber sido sacado fuera de la arena el toro muerto, arrastrado por cuatro fogosas mulas, y de haber esparcido arena los lacayos y sirvientes de Su Santidad por el sitio manchado de sangre, Alfonso montó en un soberbio alazán de raza árabe, ligero como el viento que había fecundado a su madre en el desierto de Sahara, mientras que César, echando pie a tierra, se retiró a su vez, para salir de nuevo en el momento en que Alfonso corriera el mismo peligro de que acababa de librarlo.

Salió el segundo toro, que, al igual del primero, fué excitado con acerados dardos y flamíferas flechas. Como el anterior, al ver un hombre a caballo, lanzóse contra él, y entonces comenzó una carrera maravillosa en la que era imposible saber cuál de los dos era el perseguido, si el toro

o el caballo. Sin embargo, al cabo de cinco o seis vueltas, por veloz que fuera el hijo de la Arabia, el toro comenzó a ganarle distancia, pudiendo verse entonces cuál era el que huía y cuál el perseguidor. Las distancias se iban acortando, y cuando combatiente y combatido se hallaron a pocos pasos uno del otro, César se presentó en la arena empuñando un mandoble, arma que los franceses solían usar, y en el momento en que el toro, casi alcanzando a don Alfonso, pasó cerca de él, César, esgrimiendo diestramente su arma, le echó abajo la cabeza, mientras que el cuerpo, con el impulso de la carrera, fué a caer diez pasos más lejos. Aquel inesperado golpe con tanta destreza ejecutado, fué acogido, no ya con aplausos, sino con aclamaciones de entusiasmo y gritos delirantes. En cuanto a César, como si solamente recordara aquel grito provocado por el primer peligro que había corrido, recogió la cabeza del toro, y, entregándola a uno de sus escuderos, le ordenó que la pusiera como un homenaje a los pies de la hermosa veneciana que le había dado tan viva prueba de interés.

El objeto de esta fiesta, como ya hemos dicho, no era solamente para que los jóvenes recogieran los aplausos que su valentía arrancara a la concurrencia, sino para probarle que entre ellos reinaba la mejor armonía, puesto que mutuamente acababan de salvarse la vida. De esto resultaba que, si a César le ocurría algún accidente, nadie pensaría en acusar a Alfonso, y si algo sucedía a éste, ninguno sospecharía de aquél.

En el Vaticano celebrábase una cena: Alfonso se vistió con elegancia, y a eso de las diez de la noche se dispuso a pasar del cuerpo de edificio que habitaba, al ocupado por el papa; pero la puerta que separaba a ambos patios estaba cerrada y a pesar de haber llamado repetidas veces, no le abrieron. En vista de eso, creyó que lo más sencillo para él era dar la vuelta por la plaza de San Pedro; salió, pues, sin ningún acompañamiento, por una puerta del jardín del Vaticano, encaminóse a través de las calles sombrías que conducían a la escalera por donde se subía a la plaza, y al ir a poner el pie en los primeros escalones, fué atacado por una tropa de hombres armados. Quiso Alfonso desenvainar su espada, mas, antes de que lo consiguiera, recibió dos heridas de alabarda, una en la cabe-

za, otra en el hombro; de una estocada en el costado y dos puntazos, uno en la sien y otro en la pierna. Estas cinco heridas le privaron del conocimiento y cayó al suelo. Sus asesinos, que lo creyeron muerto, se apresuraron a subir por la escalera, y, habiendo encontrado en la plaza cuarenta jinetes que los aguardaban, salieron tranquilamente bajo su protección por la puerta Portesa.

Alfonso fué encontrado moribundo por unos transeuntes, de entre los cuales, algunos, así que lo reconocieron, fueron a llevar al Vaticano la noticia del asesinato, mientras que los demás, levantando en brazos al herido, lo condujeron a sus habitaciones de la Torre Nova. El papa y César, que supieron la noticia cuando iban a sentarse a la mesa, parecieron afligirse tanto por el suceso, que abandonaron a sus convidados y fueron en el mismo instante al lado de don Alfonso, para asegurarse de si las heridas eran mortales o no, y a la mañana del día siguiente, y con objeto de desviar las sospechas que contra ellos pudieran recaer, hicieron prender a Francisco Gazella, tío materno de don Alfonso, que había acompañado hasta Roma a su sobrino, el cual, acusado como autor del crimen por unos testigos falsos, fué ejecutado.

Pero sólo se había hecho la mitad de la tarea: bien o mal, habían sido lo suficientemente desviadas las sospechas para que nadie osara acusar de este asesinato a los verdaderos asesinos; mas Alfonso no había muerto, y gracias al vigor de su temperamento así como a la ciencia de los médicos que, creyendo sinceras las lamentaciones del papa y de su hijo, hicieron lo posible para curar al herido, éste progresó hacia una franca convalecencia; al mismo tiempo se recibió la noticia de que Lucrecia, sabedora del accidente que su esposo había sufrido, iba a ponerse en camino para estar a su lado y cuidarle ella misma. No había, pues, tiempo que perder, por lo que César mandó llamar a Michelotto, y «aquella misma noche, dice Burchard, don Alfonso, que no quería morir de sus heridas, moría estrangulado en su propia cama».

Al siguiente día le hicieron funerales, no de la importancia que correspondía a su calidad, pero sí bastante decentes. El arzobispo de Cosenza fué el que presidió el duelo en la iglesia de San Pedro, en cuya capilla de Santa María de las Flores recibió sepultura el cadáver.

Lucrecia llegó aquella misma noche, y aunque César, una vez muerto don Alfonso, hizo prender no sólo a los médicos y a los cirujanos sino hasta a un pobre diablo de jorobado que le servía de ayuda de cámara, conocía demasiado bien a su padre y a su hermano para que no viese de dónde partía el golpe. Así, pues, temiendo que el dolor que esta vez sentía muy realmente le privara de su confianza, Lucrecia se retiró a Nepi con toda su casa, toda su corte y más de seiscientos jinetes, con ánimo de pasar en aquella ciudad todo el tiempo que durase su luto.

Arreglado este gran asunto de familia, y viuda de nuevo Lucrecia, y por consiguiente en disposición de satisfacer los nuevos designios políticos del papa, César Borgia sólo se quedó en Roma el tiempo indispensable para recibir allí a los embajadores de Francia y de Venecia; pero, como tardaban algo en llegar y el tesoro del papa habíase resentido por las últimas fiestas dadas, Alejandro hizo una nueva promoción de doce cardenales, de la cual esperaba doble resultado: el primero haría entrar en la caja pontificia seiscientos mil ducados, pues impuso a cada capelo el precio de cincuenta mil ducados, y el segundo aseguraría al papa una mayoría adicta en el Sacro Colegio.

Al fin llegaron los embajadores, el primero de los cuales, que era el señor de Villeneuve, el mismo que ya había ido en nombre de Francia a buscar al duque de Valentinois, al entrar en Roma encontróse en el camino con un hombre enmascarado que, sin quitarse la careta, le manifestó el júbilo que sentía por su llegada. El enmascarado no era otro que César, el cual, deseando no ser conocido, se marchó después de una corta conferencia y sin haber descubierto su rostro. El señor de Villeneuve entró tras él encontrando en la puerta del Pópolo a los embajadores de las diferentes potencias, incluso los de España y Nápoles, cuyos soberanos, aunque de un modo verdadero no estaban aún en abierta hostilidad con Francia, ya comenzaban a tratarla con frialdad.

Como estos últimos, por miedo de comprometerse, se limitaron a decir por todo cumplimiento a su colega de Francia: «¡Señor, bien venido seáis!», el maestro de ceremonias, sorprendido por tan corto cumplimiento, les preguntó si no tenían otra cosa que decir, a lo cual respondieron que no; entonces el señor de Villeneuve dijo, volvién-

doles la espalda: «Los que no tienen nada que decir tampoco necesitan respuesta»; y después, colocado entre el arzobispo de Reggio, gobernador de Roma, y el arzobispo de Ragusa, se dirigió al palacio de los Santos Apóstoles, que se había preparado para su recepción.

Algunos días más tarde llegó a su vez Mario George, embajador extraordinario de Venecia. Tenía el encargo de arreglar con el papa los asuntos corrientes, y de llevarles además, a Alejandro y a César, el título de nobles venecianos y la inscripción de sus nombres en el Libro de Oro, favor que ambos habían ambicionado, notando por la vanagloria que con ello recibían, como por la nueva influencia que ese título podía darles.

Inmediatamente procedió el papa a hacer entrega de los doce capelos vendidos a los nuevos cardenales. Estos nueve príncipes de la Iglesia eran: el secretario de Su Santidad y arzobispo de Valencia; don Diego de Mendoza, arzobispo de Sevilla; Jaime, arzobispo de Oristagny y vicario general del papa; Tomás, arzobispo de Strigonia; Pedro, arzobispo de Reggio y gobernador de Roma; Francisco Borgia, arzobispo de Cosenza y tesorero general; Juan, arzobispo de Palermo y vicecamarlengo; Antonio, arzobispo de Como; Juan Bautista Ferraro, obispo de Módena; Amadeo d'Albret, hijo del rey de Navarra y cuñado del duque de Valentinois y, finalmente, Marcos Cornaro, noble veneciano, en la persona del cual el papa devolvía a la Serenísima República el favor que de ella acababa de recibir.

Como ya nada detenía en Roma al duque de Valentinois, únicamente se tomó el tiempo necesario para contraer un préstamo con un rico banquero llamado Agustín Chigi, hermano del aquel Lorenzo Chigi que pereció en un salón del Vaticano a consecuencia del derrumbamiento de una chimenea y salió para la Romaña, acompañado de Vitellozzo Vitelli, Juan Pablo Baglioni, y Janne de Santa Croce, que eran entonces sus amigos y más tarde fueron sus víctimas.

Su primera empresa se dirigió contra Pésaro; era una atención de cuñado cuyas consecuencias comprendió Juan Sforza, porque, en vez de intentar la resistencia o de defender sus Estados con las armas, o disputarlos por medio de negociaciones, no quiso exponer el hermoso país. de

que fué dueño por tanto tiempo, a la venganza de un enemigo irritado, y recomendó a sus súbditos que le conservaran el mismo afecto; en la esperanza de mejor fortuna, huyó a Dalmacia.

Malatesta, señor de Rímimi, hizo lo mismo, tanto, que ni siquiera tuvo que desenvainar la espada el duque de Valentinois para entrar en estas dos ciudades. César dejó una guarnición suficiente en sus nuevas conquistas y se dirigió hacia Faenza.

Pero allí cambiaron de faz las cosas; Faenza estaba entonces gobernada por el hermoso y valiente Astor Manfredi, que sólo contaba diez y ocho años, el cual, por más que sus parientes próximos, los Bentivoglio, le habían abandonado, así como los venecianos y los florentinos, sus aliados, los cuales, por la amistad que unía al rey de Francia con César, no se atrevieron a llevarle socorro alguno, resolvió defenderse hasta el último extremo, sabiendo el amor de sus súbditos a su familia. De modo que, al tener noticia de que el duque de Valentinois marchaba contra él, reunió a toda prisa a todos aquellos de sus vasallos que aun estaban en estado de llevar armas y a los pocos soldados extranjeros que quisieron entrar a sueldo, y, después de procurarse abundantes víveres y municiones, se encerró con ellos en la ciudad.

César no se inquietó gran cosa con estos preparativos de defensa: tenía un ejército magnífico, compuesto de las mejores tropas de Francia y de Italia, entre cuyos jefes, sin hacer mención suya, contaba a Pablo y a Julio Orsini, a Vitellozzo Vitelli y a Pablo Bablioni, es decir, los primeros capitanes de la época. De modo que, tan pronto como hubo reconocido el terreno, emprendió en seguida el sitio, plantando su campamento entre los ríos Amona y Margiano, y estableció su artillería dando frente a Forli, punto sobre el cual habían levantado los sitiados un poderoso baluarte.

Al cabo de algunos días de procurar abrir brecha, ésta se hizo practicable; el duque de Valentinois ordenó el asalto, y, dando el ejemplo a sus soldados, marchó el primero sobre el enemigo. Pero, no obstante su valor y el de los capitanes que le acompañaban, Astor Manfredi se defendió tan heroicamente, que los sitiadores fueron rechazados con pérdidas considerables, dejando en los fosos

de la plaza a Honorio Savelli, uno de sus mejores y más valientes jefes.

Sin embargo, Faenza, a pesar del valor y de la abnegación de sus defensores, no hubiera podido sostenerse mucho tiempo contra un ejército tan formidable, a no haber venido en su ayuda el invierno. Sorprendidos por el rigor de la estación, sin casas donde abrigarse y sin leña con que encender fuego, pues los campesinos habían arrasado las primeras y cortado todo los árboles, el duque de Valentinois vióse obligado a levantar el sitio y formar cuarteles de invierno en los pueblos vecinos, para estar completamente listo cuando volviera la primavera, en cuya época reanudaría el ataque, pues César no podía perdonar a una pequeña ciudad, habituada a una larga paz, gobernada por un niño y privada de todo socorro exterior, el haberlo tenido así en jaque. Hizo, pues, tres divisiones de su ejército, la primera de las cuales la envió a Imola, la segunda a Forli, y él, con la tercera, fué a situarse en Ceseno, que de ciudad de tercer orden que era, encontróse de pronto transformada en ciudad de lujo y de placer.

En efecto, dada la actividad de César, le hacían falta, sin tregua, o guerras o fiestas, de modo que, interrumpida la guerra, las fiestas comenzaron con la suntuosidad y brillantez con que él solía darlas; los días se pasaban en juegos y cabalgatas, las noches en bailes y galanteos; porque las mujeres más hermosas de la Romaña, es decir, del mundo, formaron una corte al vencedor, que el mismo soldán de Egipto y el emperador de Constantinopla le hubieran envidiado.

En uno de los paseos que César Borgia solía dar por los alrededores de la ciudad con aquella corte de nobles adaladores y de cortesanas tituladas, que no se separaban nunca de él, vió venir por el camino de Rímimi un cortejo que, por lo numeroso, comprendió que debía acompañar a persona de importancia. Poco después, al ver que la persona que aquel cortejo acompañaba era una mujer, César se aproximó y reconoció a la misma joven dama de honor de la duquesa de Urbino que, el día de las corridas de toros, había lanzado un grito cuando él estuvo a punto de ser alcanzado por el furioso animal. En esa época, como hemos dicho, la joven era la prometida de Juan Caraccioli, general de los venecianos, y su madrina y protectora, Isa-

bel de Gonzaga, la enviaba a Venecia con un séquito digna de ella, pues allí debía celebrarse el casamiento.

La belleza de aquella joven ya había impresionado en Roma a César, mas al verla ahora de nuevo, parecióle más hermosa aún que la primera vez; de modo que, desde entonces, decidió guardar para él aquella hermosa flor de amor, pues más de una vez habíase reprochado haber pasado junto a ella con tanta indiferencia. Así, pues, saludóla como a una antigua conocida, y al informarse de si se detendría algún tiempo en Ceseno contestáronle que sólo iba de tránsito; viajaba a grandes jornadas, pues la aguardaban con impaciencia, y aquella noche iba a dormir a Forli. César no deseaba saber más; llamó a Michelotto y le dijo en voz baja algunas palabras que nadie oyó.

El cortejo, en efecto, conforme lo había dicho la hermosa joven, sólo hizo alto en el pueblo vecino, y, no obstante lo avanzado ya del día, salió en seguida para Forli; pero, apenas había caminado una legua, cuando fué alcanzado por una tropa de jinetes salida de Ceseno que lo rodeó. Aunque estaban lejos de contar con fuerzas suficientes, los soldados de la escolta intentaron defender a la esposa de su general; pero viendo que algunos habían caído muertos, los otros, asustados, huyeron. La mujer, al ir a bajar de su litera para emprender la fuga, fué tomada en brazos por el jefe de los asaltantes, que la puso delante de él sobre su caballo, y, ordenando a sus soldados que regresaron a Ceseno sin él, echó su caballo al galope a campo traviesa, y, como el crepúsculo comenzaba a bajar, pronto se perdió de vista en la obscuridad.

Caraccioli supo la noticia por uno de los fugitivos, el cual le dijo que creía haber reconocido en los raptos a soldados del duque de Valentinois. El general pareció no haber oído bien al principio; tanto trabajo le costaba creer en tan terrible suceso; pero, habiéndose hecho repetir el relato, quedóse un instante inmóvil y como herido por un rayo; luego, repentinamente, saliendo de aquel estado de estupor, lanzó un grito de venganza y se dirigió hacia el palacio ducal, en donde se hallaban reunidos el dux Barberigo y el Consejo de los Diez, y, penetrando en medio de ellos sin haberse hecho anunciar, precisamente en el momento en que acababan de saber el atentado del duque de Valentinois, exclamó:

—Serenísimos señores: vengo a despedirme de vosotros, pues he resuelto ir a perder, en una venganza privada, una vida que había creído poder consagrar al servicio de la República. La parte más noble de mi alma, mi honor, ha sido ofendida. Lo que más quería entre lo que poseo, mi mujer, me ha sido robada; y el que ha hecho esto, es el más pérfido, el más sacrilego, el más infame de los hombres: el duque de Valentinois. No os ofendáis, señores, si hablo así de un hombre que se vanagloria de pertenecer a la nobleza y de estar bajo vuestra protección; no hay tal, miente; por sus cobardías y sus crímenes es indigno de una y otra, como asimismo de la vida, la cual sabré arrancarle con esta espada. Verdad es que un sacrilego por el nacimiento, un fratricida, un usurpador de bienes ajenos, un opresor de inocentes, un asesino de caminos, un hombre que infringe todas las leyes, hasta la que en los pueblos más bárbaros es respetada, la hospitalidad, un hombre que en sus propios Estados hace violencia a una doncella que va de paso, cuando ésta tenía el derecho de esperar de él, por el contrario, no sólo las atenciones debidas a su sexo y condición sino también a la Serenísima República, de la que soy el general, y a la que al deshonorar a mi mujer insulta en mi persona, verdad es, digo, que ese hombre debía ser castigado, no por mi mano, sino por otra. Pero como el que debiera hacerle castigar, lejos de ser príncipe y juez, es un padre tan culpable como el hijo, yo me encargaré de buscarlo, y sacrificaré mi vida no sólo para vengar la injuria que he recibido y la sangre de tantos inocentes, sino la salvación de la Serenísima República a cuya opresión aspira ese hombre, después de haber conseguido la de los demás príncipes de Italia.

El dux y los senadores, que, como hemos dicho, no ignoraban el suceso que ante ellos llevaba a Caraccioli, le escucharon con grande interés y profunda indignación, porque, como él había dicho, ellos mismos habían sido insultados en la persona de su general; así, pues, todos le juraron, por su honor, que si en vez de abandonarse a una cólera con la que sólo conseguiría perderse, quería confiar en ellos, o su esposa le sería devuelta sin que una sola mancha hubiera mancillado su velo nupcial, o de ello se tomaría una venganza en proporción a la afrenta.

Inmediatamente, y como prueba de la solicitud que

en este asunto ponía el noble tribunal, Luis Manenti, secretario de los Diez, fué enviado a Imola, donde según decían se hallaba el duque, para expresarle el disgusto que la Serenísima República sentía por el ultraje hecho a su *condottiere*. Al mismo tiempo fueron a ver el dux y los senadores al embajador de Francia para rogarle que se uniera a ellos y se presentara con Manenti, ante el duque de Valentinois, para intimarle la inmediata devolución a Venecia de la mujer por él robada.

Fueron, pues, los dos embajadores a Imola, donde encontraron a César. Este escuchó la reclamación con señales del más completo asombro, negando que él hubiese tenido la más mínima participación en ese crimen; les autorizó para que persiguieran a los autores, prometiendoles él, por su parte, que ordenaría que fuesen llevadas a cabo las más activas pesquisas. El duque parecía hablar con tan buena fe, que por un instante engañó a los enviados de la Serenísima República, los cuales emprendieron las más minuciosas investigaciones. En consecuencia, fueron al mismo lugar del suceso, y comenzaron a tomar informes. Los muertos y los heridos habían sido hallados en la carretera. A todo el correr de su caballo se había visto pasar a un hombre que se llevaba una mujer llorosa, el cual, abandonando el camino frecuentado, habíase lanzado a través del campo. Un campesino que regresaba de su trabajo lo había visto aparecer y desvanecerse luego como una sombra, tomando la dirección de una casa aislada, en la que decía una vieja que le había visto entrar. Pero en la noche siguiente la casa desapareció como por encanto, y el arado había pasado sobre el solar; de suerte que nadie pudo decir dónde había ido a parar la mujer que buscaban, puesto que los habitantes de la casa, y aun esta misma, ya no estaban allí.

Manenti y el embajador de Francia regresaron a Venecia, contando cuanto el duque de Valentinois les había dicho, y la inutilidad de sus propias investigaciones. Nadie dudaba de que el verdadero culpable era César, pero no se lo podían probar. En consecuencia, la Serenísima República, que, a causa de su guerra con el papa, prohibió a Caraccioli que se vengara particularmente de este suceso, cuyo ruido fué extinguiéndose poco a poco, acabando por no hablarse más de él.

Entretanto, los placeres del invierno no habían en manera alguna desviado a César de sus proyectos sobre Faenza. De modo que, tan pronto como la primavera volvió, permitiéndole ponerse en campaña, marchó de nuevo sobre la ciudad, acampó frente al castillo, y después de haber practicado una nueva brecha, ordenó el asalto general, al que se lanzó él el primero; pero, no obstante el valor personal desplegado y por bien que sus soldados le secundasen, fueron rechazados por Astor, el cual, a la cabeza de sus hombres, hacía frente sobre la brecha, en tanto que las mujeres, desde lo alto de las murallas, arrojaban sobre los asaltantes piedras y troncos de árboles. Después de una hora de lucha cuerpo a cuerpo, César tuvo que retroceder, dejando en los fosos de la plaza dos mil hombres entre los cuales se hallaba Valentín Farnesio, uno de sus más bravos *condottieri*.

Viendo César que ni con excomuniones ni asaltos conseguía cosa alguna, convirtió el sitio en bloqueo: cortó todos los caminos que conducían a Faenza; interrumpió todas las comunicaciones, y como en Ceseno se habían notado señales de rebelión, puso allí de gobernador a un hombre, cuya potente voluntad conocía, llamado Ramiro d'Orco, con derecho de vida y muerte sobre los habitantes; luego esperó tranquilo a que el hambre hiciera salir de Faenza a aquellos hombres que con tanto empeñamiento defendían sus murallas. En efecto, al cabo de un mes, durante el cual la guarnición y vecindario de la plaza sufrieron todos los horrores del hambre, presentáronse en el campamento de César unos parlamentarios para proponer la capitulación. César, a quien quedaba mucho que hacer en la Romaña, mostróse más accesible de lo que esperarse pudiera, y la plaza se rindió bajo la condición de que la persona y los bienes de sus habitantes serían respetados y que Astor Manfredi, su joven soberano, tendría la facultad de retirarse a donde tuviese por conveniente, gozando de las rentas de su patrimonio donde quiera que se trasladase.

Las condiciones fueron fielmente cumplidas en lo que respeta a los vecinos de Faenza; pero César conservó a Manfredi a su lado y ante todos pareció dispensarle la más viva amistad y le dió tratamiento de príncipe. Un día desapareció Manfredi, y el duque de Valentinois aparentó